



PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

AÑO III.

Orihuela 1.º de Enero de 1885.

Núm. 39.

LOS TESTIGOS DEL INFIERNO.

¿A que no aciertan Vdes., queridos lectores, lo que tengo en la mano?

La pluma, dirán Vdes. en seguida.

¡Qué perspicacia!: pues no es la pluma: me he referido á la mano izquierda: es una carta, pero ¡qué carta! ¡ni la carta Magna!

Por supuesto, empiezo declarando que no es mi ánimo ofender á la persona que me la ha dirigido, por más que esta, al hacerlo, se haya propuesto quizás todo lo contrario. No soy aficionado á dar á nadie lecciones, y menos de ortografía que tanta falta me hace. Al hablar de la carta cuya insercion se me ha exigido como para obligarme á una polémica, (que, entre parentesis, no acepto, porque *La Lectura Popular* no se ha fundado para sostener polémicas,) llevo solo el propósito de sacar del tal documento motivo para un artículo, y, si fuese posible, hacer que ese artículo sirva para que el Sr. D. Fulano de Tal *mason de todas veras* (como á sí mismo se apellida el que me la ha escrito,) salga de su error y se persuada de que está equivocado.

Si, señores, un *mason de todas veras* me ha dirigido una carta y ¿a que no saben Vdes. para qué? para decirme que los católicos somos unos embusteros y... (no se rían Vdes.) para asegurarme que *no hay infierno*.

Lo que Vdes. oyen; para decirme que *no hay infierno* ha habido un hombre que me ha escrito una carta y se ha gastado tres perros chicos en ponerla al correo. ¡Si será gastador y tendrá aficion á la propaganda!

Pero vamos al caso; ¿qué necesidad tenia V., señor mason de mis entretelas, de hacer ese gasto? Hay cosas que se averiguan sin sacrificar un céntimo.

Precisamente sobre eso del infierno podía yo contestar á V., lo que cierto fraile contestó á un penitente que se lo negaba.

—Padre, yo no creo que hay infierno.

—¿Que no lo crees? pues anda hijo que ya lo verás.

Lo mismo podía yo decirle á V., pero no se lo digo. Prefiero decirle lo que sobre el particular han dicho y pensado sus amigos de V.; como si digéramos, los amigos de su confianza. Pero como precisamente por ser de la confianza de V. no lo son de la mía, me ha ocurrido recibirles la declaracion en el momento en que no habian de tener ya humor para andarse con paparruchas; es decir, en el momento de morirse que es cuando casi todos los hombres dicen la verdad.

Va V. á oír, pues, á sus maestros; mejor dicho, va V. á ver

por lo que han hecho, lo que han opinado respecto del catolicismo y sus dogmas, cuando han visto las verdaderas.

Advierto á V., que lo que le digo es verdad, y si no lo cree, ahí tiene la historia.

Empecemos por Voltaire. V. ya sabrá que Voltaire fué el padre de la impiedad, el patriarca de la despreocupacion; el hombre que odiaba tanto al catolicismo, que llegó á decir que *debía ahorcarse al último Rey con las tripas del último Papa*. Pues bien, ese valiente que no creía en nada y que pasó la vida escribiendo, no cartas como las de V., sino libros célebres que engañaron y envenenaron el corazon de cuatro generaciones; ese valiente, repito, cuando en 1778 se vió gravemente enfermo, pidió perdon á Dios y á su Iglesia de los escándalos que habia dado y se confesó con el abate Gauthier. Pero seguramente la Providencia le reservaba para un ejemplar escarmiento pues cuando se vió mejor volvió á las andadas, y cuando en 10 de Mayo del mismo año le llegó la verdadera hora, quiso volver á retractarse y no lo consiguió, porque se lo impidieron los *amigos*. Entonces el célebre incrédulo, el *perfecto mason*, como le llamaban las logias, al sentirse morir fuera del regazo de aquella madre, á quien tanto habia maldecido y calumniado, se mordió los brazos, se rasgó con sus uñas, se ensució encima y llegando hasta á comerse sus propios excrementos, soltó aquella exclamacion que ha conservado la historia para desengaño de inocentes como V.—*Muero, dijo, abandonado de Dios y de los hombres*.

Pero dejemos á Voltaire, y vamos á otro.

¿V. conoce á Du Marsais? Tal vez nó: pues bien Du Marsais era otro personaje de la cuerda de Voltaire. Era uno de los que le ayudaban en sus trabajos para descristianizar al mundo; y ¿sabe V. lo que hizo cuando en 1736 le tocó el turno? llamar á un sacerdote, retractarse y recibir los últimos sacramentos con una uncion tal, que le hizo decir al maestro en son de burla:—*Me duelo de los melindres de Du Marsais en la hora de la muerte*.

Pero esos *melindres* iban á repetirse en otros.

Deslandes escritor de aquella epoca, vé que se le aproxima la descarnada señora, y se apresura á mandar quemar sus escritos impios.

Fontanelle, pide y recibe los sacramentos en 1757.

Diderot, el célebre Diderot, colaborador de *La Enciclopedia*, madre de todas las impiedades modernas, no hallándose seguro sobre sus creencias filosóficas, hace llamar por medio de un criado á un sacerdote, para morir bien; pero *los amigos* se interponen y le obligan á morir mal como á su amigo Voltaire.

D' Alembert, el enemigo de los clérigos, al ver que se muere

le entra el gran susto; susto, que su compinche Condorcet que era otro por el estilo, se vanagloriaba mucho de haberle calmado, como suponiendo que le hacia un servicio.

Paso por alto las conversiones de Laharpe y de Marmontel, porque son muy conocidas, y vengo á Charnois. Este hombre célebre tambien por sus infames escritos, fué preso y condenado á muerte cuando la revolucion francesa. Hallábase en la cárcel de la Abadía, y al presenciar por una parte la paz y la alegría de los sacerdotes católicos que iban á morir como él; y por otra la rabia y la desesperación de los ímpios y de los filósofos que iban á sufrir la misma suerte, recibe un rayo de luz, se convierte, se confiesa y muere.

Le Mettrie, el autor del libro impio titulado *El hombre máquina*, se vé tambien condenado á muerte en Holanda en 1754; entonces se arrepiente, se confiesa y ruega á Rossembert que rece con él las oraciones de los agonizantes.

Boulanger, autor de otro libro lleno de absurdos racionios contra Jesucristo, por el año 1659 se siente atacado de la última enfermedad; y al verse en tal estado, declara que habia obrado mal por adquirir fama, y que sentia no poder reparar el daño que habia hecho.

Du Prades se retracta en 1754 (9 de Abril) asegurando que no podia vivir tanto como necesitaba para llorar su conducta pasada.

Buffon se confiesa con el P. Ignacio Bongault, Capuchino, recibe los Sacramentos ante muchas personas y hace una muerte edificante.

Bouguer, miembro de la academia de ciencias de París, tan conocido por sus obras como por su incredulidad, muere cristianamente en 1758 confesando que se habia equivocado.

Montesquieu, tres años antes, hace lo mismo.

Galiano, el amigo de Elvezio, del baron de Holvach y demás *libre pensadores* de la época, en las últimas semanas de su vida se confiesa con su párroco y da señales de un arrepentimiento profundo.

Respiro y sigo, que aun quedan.

Tousint, el filósofo que tanto habia escrito contra el catolicismo, á la hora de morir pide la comunión, y arenga energicamente á su mujer y á sus hijos, declarando que sus opiniones y sus obras habian sido hijas de su vanidad.

Malesherbes abjura tambien antes de morir de sus doctrinas anticatólicas.

Langlet muere arrepentido y pidiendo perdon.

Larcher firma una retractación y muere católico.

Mericier, el autor de los *Cuadros de París*, se convierte tambien y se arrepiente.

Soulavie, autor de las memorias de Richelieu, Aiguillon y Marsillon hace lo mismo en 1813.

Carlos Pallisot, en sus últimos años, se reconcilia con la Iglesia y muere católico.

Insensiblemente nos hemos pasado á este siglo, y seria pesada tarea hacer la lista de sus *clerofobos*, *librepensadores* y *anticatólicos*, que á última hora han entonado el yo pecador. Sin embargo, citaré los más recientes para que no diga V. que me remonto mucho.

Hace cuatro dias murió Littré, el continuador de la escuela positivista de Augusto Comte, el hombre cuyas ideas hicieron salir á Daupanloup de la Academia el dia que él entró; y ¿cómo murió? bautizado y abrazado á la Iglesia.

Hace menos aun de cuatro dias murió D. Antonio Romero Ortiz, el Gran Oriente de la masonería española; como si dijésemos, su *Papa* de V.; y ¿cómo murió? pidiendo al mio que le bendijera, y arrojando el mandil por la ventana.

Aun voy á acortar más las fechas. En abril último murió en Portugal el Conde de Paraty, Gran Oriente tambien de la masonería portuguesa; y ¿cómo murió? lo mismo que D. Antonio Romero Ortiz.

Pero.... tal vez diga V., que solo le cito filósofos y escritores: gente débil.

Le tapo á V. la boca. Acuérdesse V. de Napoleon; el hombre de más energía, y tal vez de más capacidad que han conocido los siglos. Pues bien, ese hombre, que se reía del infierno como V.: (en eso se parece V. á Napoleon); ese hombre que hizo prisionero á Pio VII, y recibió á cañonazos las excomuniones de Roma, cuando vió llegar la muerte confesó sus pecados y trató de huir el bulto de ese infierno de que V. se rie.

Nada, amigo mio, á última hora se ven las verdaderas. Ya vé V. cuantos testigos intachables le presento á V. de que hay infierno. Y digo intachables, porque todos ellos estuvieron negándolo mientras vivieron.

Pues ahora le suplico yo á V. una cosa. Sáqueme V. uno solo que habiendo creído en él durante su vida lo haya negado al tiempo de salir de ella. Nada, lo dicho; gástese V. otros tres perros chicos y sáquemelo.

Pero, ¡quía! no me lo sacará V. Los católicos son los únicos que á la hora de morir no se arrepienten.

¿Y ese argumento no le dice á V. nada?

000

Recomendamos á los obreros la lectura del siguiente magnífico artículo.

MAS TRABAJO Y MENOS FIESTAS.

Propóngome en cuanto salga diputado presentar á las Cortes un proyecto de ley por el que se reforme el catecismo, cuyas primeras preguntas y respuestas deberán redactarse en adelante del modo siguiente:

—Dime, chico: ¿para qué fin fué criado el hombre?

—Para producir en este mundo muchos géneros de seda, lana, algodón y nada más.

—¿Es el hombre un animal racional?

—No, señor, es sencillamente un animal mecánico industrial.

—¿Y á qué fin fué criado el mundo?

—Para la producción y tráfico de géneros, y pare V. de contar.

No te rias, amigo lector, de este mi extraño exordio, que más bien es cosa que ha de moverte á llorar. No sé si en efecto es posible que hable algun dia el catecismo del pueblo de este modo. Lo que sí te puedo asegurar es que tales disparates, si no los enseña aún hoy nuestro catecismo popular, que, gracias á Dios, es todavia católico, apostólico, romano, lo practican ya como dógma de fé y más que si lo fuese innumerables gentes del dia. Cosa es muy de moda entre ciertos economistas que, al estudiar al hombre y sus necesidades, para nada tienen en cuenta Dios y el alma, frioleras con que hemos contado siempre los rancieros y anticuados, por otro nombre católicos. Que se trabaje mucho para que se gane muchísimo y asi goce el cuerpo lo más y mejor que pueda: he aquí el ideal práctico realizado ya en muchas partes, sobre todo en los grandes centros industriales. De aquí que les parezca á esos completamente perdido el tiempo que no se emplea en puro movimiento industrial ó mercantil; de aquí la manía de andarse sumando sin cesar las horas, minutos y segundos que se pierden cada dia festivo, y las docenas de dias festivos que se pierden cada año, para deducir por rigoroso cálculo matemático los millones de millones de pesos fuertes que lleva perdidos al cabo de un año ó de un siglo la riqueza pública, todo por culpa de esos hábitos de ociosidad y holganza que crea y fomenta en nuestro pueblo nuestra santa Religión, responsable al fin de todos nuestros atrasos. ¿Quién ¡oh lector! no ha oído ó leído mucho de eso por poco que haya vivido en contacto con cierta clase de personas, luz, flor y espuma del siglo actual?

Claro está, pues, que hemos de defender las fiestas como todo lo que con miras tan santas como humanitarias ha establecido la Iglesia católica. No renegamos del trabajo humano, que santo es tambien y lo bendice Dios, y ha hecho de él un deber y un consuelo y hasta un placer para el hombre; mas no por eso hemos de condescender con la impia frase *más trabajo y menos fiestas*, como vociferan algunos; sino abogar, sí, por el trabajo debido y fiestas cristianamente observadas, como enseña la Religión.

Si crees en Dios, amigo mio, debes creer que tienes el deber de adorarle y servirle. Debes asimismo reconocer que de todos tus deberes este es el principal, el preferente, al que con más atención y cuidado debes atender. Exige, pues, el orden que para eso haya dias

especiales, y todos los hombres de todos los pueblos y de todos los cultos, aun de los falsos, han señalado para eso días que han llamado de fiesta. La tradición del género humano, hija de la primitiva revelación, ha fijado para esto el día séptimo de cada semana, y es admirable la conformidad en que se encuentran por lo que á eso toca los pueblos todos: prueba fehaciente de su origen comun y del dogma fundamental de la creación del mundo en seis días y de su terminación en el séptimo. Luego la Iglesia, en uso de su derecho sobre las conciencias de sus hijos, que por esto se llaman *suyos*, porque le reconocen este derecho, la Iglesia, digo, ha ordenado que se celebrasen con cesación de trabajo ciertas fechas gloriosas relativas á la vida de Jesucristo, de María Santísima ó de algunos Santos, que ella quiere conservar más vivas en el corazón de los pueblos, tales como el Nacimiento de Nuestro Señor, su manifestación al mundo gentil ó Epifanía, su Resurrección, etc., etc.

—Pero, me dirás, para esto basta cualquier día de los comunes sin necesidad de que se suspendan los trabajos y se pierdan jornales.

—No, amigo mío, no basta, y eso lo sabe la Iglesia y lo sabes tú, me atrevo á decir, más que ella misma. Aun las personas más adictas á Dios, si están regularmente ocupadas, ¿qué rato pueden dedicarse á las cosas de religión los días de labor? Gracias que las más fervorosas cercenen algo de sus horas de recreo ó descanso para dedicarse unos momentos á la práctica de algun acto piadoso. Pero los más, la turba inmensa de los que, aun siendo buenos, no están dispuestos á grandes sacrificios, ¿dedicarían un momento á Dios y á su alma si la Religión no hubiese puesto para eso días especiales? Sin días festivos no pasaría medio siglo sin que quedase del todo borrado de la faz de una nación cualquiera todo vestigio de religión. A bien que por eso se concibe el odio verdaderamente satánico que tiene la impiedad contra las fiestas. Tú mismo, á quien ahora todos los días parecen buenos para pensar en Dios y en la otra vida, ¿qué horas emplearías de los de labor para aquellos tan sagrados objetos? No sería extraño que dijese entonces: Pues qué, y ¿cómo quieren que piense en Dios si ni un día tengo de vagar para eso? Y echarías en cara entonces á la Religión el que no hubiese señalado para eso tiempo especial ahorrándote la molestia de tener que escogértelo.

Las fiestas tienen otro aspecto interesantísimo: es el aspecto social. Una sociedad compuesta de eternos trabajadores sin tregua ni descanso en sus trabajos no sería ni culta, ni cómoda, ni bella. El trabajo excesivo embrutece al hombre, como la excesiva holganza. Figúrate un trabajador cualquiera, que nunca, ni un día pudiese levantar su cuerpo encorvado siempre sobre aquella materia en que trabaja; que ni un día solo pudiese lavarse rostro y manos y cambiar el traje asqueroso y entregarse á la expansión, al solaz, al trato de los amigos, á las dulces afecciones de la familia. Figúrate un hombre así, y que todos los hombres fuesen como éste, y que así estuviese constituida la sociedad. La plaga de los hombres metalizados y sin corazón sería entonces general, y no se tardaría en reconocer que no le basta á un pueblo fabricar muchos productos y venderlos á buen precio para ser culto y civilizado, sino que son menester sanas ideas, buenas costumbres, honrados afectos, vida del alma y del corazón, la cual no es incompatible con la de la industria y del comercio, pero puede ser facilmente ahogada por esta si á esta se dá única y exclusiva importancia.

Mil veces he pensado que si no tuviesen los pueblos cristianos establecida esta ley del descanso del día festivo, y supiésemos que la tuvieron allá en sus códigos los griegos y romanos, ó se hubiese descubierto recientemente entre los chinos, ó la hubiesen por primera vez planteado entre los norte-americanos Washington ó Franklin, toda esa grey de filósofos á la moda que ahora la encuentran absurda y antieconómica y ruinoso para la industria, sólo porque la ha puesto entre sus leyes el Catolicismo, la verían entonces como el rasgo más admirable del talento de aquellos legisladores, como modelo de alta prevision humanitaria, como el más noble tributo rendido á la dignidad del trabajador. ¡Oh, qué elocuentes estarían entonces nuestros filántropos, ponderando las excelencias de una tal ley que no consiente que el hombre sea esclavo de su trabajo más de seis días seguidos! ¿Cómo se desharían en elogios de aquella civilización que así miraba por la vida superior de hombre, obligándole á dar treguas cada semana á sus cansadas tareas para que de vez en cuando levantara la frente al cielo con dignidad y se acordase de que no es bestia ni máquina! ¿Con qué subidas ponderaciones acusarían entonces al Catolicismo de opresor sistemático del pobre, de poco cuidadoso del

progreso moral é intelectual! Serían cosa de ver y de leerse los libros y artículos que sobre eso se escribirían, los proyectos de ley que se presentarían á las cámaras, los programas de emancipación obrera que con este motivo andarían por ahí hilvanados. Ahora es la Iglesia quien por suerte se ha anticipado á todos estos deseos, ahora es suyo el honor de haber prohibido á sus hijos el trabajo continuo y sin reposo y por consiguiente brutal, y por eso, porque es católica la ley, porque es del Evangelio, porque es de Cristo y de los Papas, se la encuentra ¡mal pecado! contraria á la civilización, perjudicial á la industria y á los intereses del pueblo. ¡Cuántas veces, casi siempre, á los ojos de la impiedad no tienen de malo y de odioso las cosas católicas más que el ser católicas!

Más trabajo y menos fiestas es, pues, un despropósito de los gordos, que no puede resistir al examen de la razón iluminada por la fé, ni aun al del simple buen sentido. Más valdría pedir exacta y cristiana observancia de las fiestas, para muchos hoy completamente desconocidas, para otros miserablemente trocadas de días de Dios en días de Satanás. Si, porque no se cumple con la institución del día festivo sólo con desembarazarse en él de los ordinarios quehaceres, sino *santificándolo* como con palabra muy expresiva manda la Religión, es decir, empleándolo en obras de piedad y de servicio de Dios y del prójimo, haciendo que descansen en él el cuerpo para que se aproveche de la tregua el espíritu, no para que le sirva á éste de peor ocasión de envilecerse y degradarse. Si no producen las fiestas el fin eminentemente social y civilizador para el cual, despues del religioso, han sido prescritas, cúlpese á la corrupción de costumbres y á la perversion de ideas que esto han falsificado y torcido como tantas otras cosas. Las emociones corrosivas del baile y del espectáculo inmundado, el ansia febril del juego, el envenenamiento lento por medio del vino y de la lujuria, han sustituido en muchas partes á los goces puros y tranquilos del hogar doméstico, al paseo en familia, á la enseñanza del sacerdote en los oficios de la parroquia, á las honestas expansiones de la amistad, en una palabra, á todo lo que constituye en los pueblos honrados y cristianos la observancia dominical. ¿No es doloroso ver hoy que en los días del Señor es cuando más vigilante ha de ponerse la policía, más crímenes registra la crónica local, más lágrimas se derraman en las familias?

Tú, pobre amigo mío que me lees, tú que por ser pobre mereces de un modo particular el interés del propagandista católico, haz del día festivo un objeto de verdadero culto y devoción. Aquel día no es de tu amo terrenal, ni de tu mayordomo, ni de tu capataz. Es el día tuyo y de Dios. De nadie más. Dios lo reservó expresamente para sí y para tí; porque con su ley llena de bondad y misericordia quiso que lo que era honra suya fuese á la par bienestar y honra de tu persona. Vístete aquel día con tu traje limpio y *de las fiestas*, ya desde el amanecer. Ponerse la ropa del domingo despues de comer, sólo para darse una vuelta al café, es no dar importancia alguna á la parte más principal del día de Dios, que es la mañana. Vístete, digo, y acude al templo, oye tu misa como es obligación, recibe los santos Sacramentos cuando lo demande el estado de tu alma ó lo grande de la solemnidad, escucha la voz de tu pastor, que te dirá desde el púlpito ó desde el pié del altar cosas que te conviene no traer olvidadas. Lleva allá á tu mujer y á tus hijos, que le gusta á Dios verte á sus pies con la familia presidida por tí, á quien Él ha constituido tronco y jefe de ella. Come aquel día y solázate si puedes, con algun mayor gasto. Una peseta que gastes con los tuyos en el seno del hogar te será más provechosa y bien empleada que un real que echas á perder en el café ó taberna entre los viciosos y atolondrados. Lee algo en casa, que despues del pan y del vino nada en lo humano enaltece y honra tanto la casa del trabajador como cuatro libros bien escogidos. Acude otra vez por la tarde ó al anochecer, despues del paseo, á la iglesia, si se celebra allí función. Y aunque no se celebre, no pases delante su fachada sin entrarte cinco minutos allí á rezarle tu visita á Cristo Sacramentado, que te ama y te desea y te espera. Sácarás del Sagrario luz en las dudas, consuelo en los trabajos, estimación propia, serenidad en la conciencia, honrada vida y dichosa muerte. Volverás el lunes á tu tarea con nuevo ardor y aguardarás el próximo domingo ó fiesta con nueva alegría. Ya sé que no se hace así en el mundo de hoy, pero por eso es el mundo de hoy profundamente desventurado. Escucha el hondo ¡ay! que sale hoy de las entrañas del pueblo. Es el castigo de los réprobos con que ya en vida castiga Dios á los apóstatas de su ley, á los profanadores de sus fiestas.

VARIEDADES.

EL ARCA DE NOÉ.

Con este mismo epigrafe da cuenta el periódico ruso *Le Nouveau Temps* de un importante y ruidoso descubrimiento. El Arca de Noé, de donde salieron, según las versiones bíblicas, nuestros antepasados, existe todavía.

Esta gigantesca construcción se presenta de pronto á nuestros ojos después de tantos siglos de hallarse sepultada.

Dos ingenieros turcos, enviados por el Gobierno á fin de dar informes sobre las excavaciones existentes en las crestas del monte Geretcher (cuyo nombre actual es Ararat), se encontraron en presencia de una inmensa y profunda excavación, en cuyo fondo aparecía un monstruo de madera de colosales dimensiones.

Descendieron por su abertura y sondearon su profundidad, haciendo constar en su informe que esta nave ó caja de enormes dimensiones, embutida en los flancos del monte, está formada de tres pisos; que su altura es de 50 pies; que los extremos y las bandas del arca, contruidos con madera *gayac* de *Gogbor*, se hallan en muy buen estado de conservación y que con un trabajo hábilmente conducido sería posible extraer de su alveolo y sin deterioro alguno á esta titánica muestra del arte industrial del primer pueblo.

Al mismo tiempo se obtendrían preciosas pruebas de los muchos y antiguos cataclismos por que ha pasado nuestro globo.

Los indígenas más ancianos que viven en las cercanías del monte Ararat afirman que jamás habían visto este mastodonte de madera, y que hasta cinco ó seis años hace, el monte se hallaba cubierto por los hielos.

Los ingenieros turcos, en presencia de estos datos y con algunos otros informes, han declarado en su Memoria que el monstruo de madera es el Arca de Noé.

Los Santos Reyes.

Todavía hallábase en la gruta de Belen la sagrada Familia, cuando un astro milagroso, anunciado á los gentiles doce siglos antes bajo el nombre de *estrella de Jacob*, aparece en Oriente; lo vén unos Magos; lo reconocen como el guía que ha de conducirles á la cuna del Mesías, y al momento se disponen á seguirlo.

Una tradición constante enseña que los Magos eran reyes, en número de tres, naturales de la Persia ó de la Arabia, y sus nombres Baltasar, Gaspar y Melchor.

Guiados por la estrella llegan á Belen, y viendo que la estrella se para sobre una gruta, entran en ella y hallan al Niño divino con María su Madre y S. José, en él reconocen el Mesías y prosternados le adoran.

La tradición, que tan bellamente viene á suplir lo callado por los Evangelistas, nos refiere que el primer Mago llamábase Melchor, simpático anciano de lengua barba y cabeza calva, que ceñía su cuerpo una túnica azul celeste, calzado color blanco y ostentaba un manto Real de diversos colores. Este ofreció *oro al rey* JESUCRISTO. Gaspar se llamaba el segundo, gallardo joven rubio, que vestía traje anaranjado y manto rojo, siendo su calzado de color de jacinto. Este ofreció *incienso* reconociendo la DIVINIDAD DE JESUCRISTO. El tercero se llamaba Baltasar; era negro, barbudo, roja su túnica, listado su manto y su calzado amarillo. Este ofreció la *mirra*, indicando la HUMANIDAD DE JESUCRISTO.

Vueltos á su país, fueron después bautizados por Sto. Tomás, y murieron á una edad muy avanzada, por manera que Melchor contaba 116 años, Gaspar 109 y Baltasar 112.

Sobre riquísimos cogines de terciopelo carmesí se veneran en la catedral de Colonia sus tres cráneos que ostentan suntuosas diademas de brillantes.

FABULA.

La Niña sin dote.

En un raro documento,
(Codicilo ó testamento)
Una cláusula se vía,
Que pingüe dote ofrecía
Para la Niña de Anton;
Con la expresa condicion
De que el padre ¡cosa extraña!
Ha de morir en España.
Caprichos...! Mas era asunto
Que así encareció el difunto,

Cualquiera imaginaría
Que el tal Anton no querría
Pisar extranjera playa,
Ni aún acercarse á la raya;
Temiendo que allí le embistan,
y quede el ángel *per istam*.

Pero, ¡qué! sin más rodeos,
Se va á vivir á Burdeos;
Y al primer viento que sopla,
Se zampa en Constantinopla;

Y después corre á Pekin.
En seguidita á Tounkin:
De allí pasó á Guatemala,
Al Indostan, á Bengala;
Y, por fin, el mejor día
Se marchó á la Cafrería.

En vano la Niña clama,
Y con súplicas le llama.
Y la Madre se aperrea,
Suspira, llora y pateea;
Pues ya el Anton es machucho,
Y no puede vivir mucho.
—No hay miedo! (responde el tal)
Moriré en suelo natal.—
—Pero ¿cómo se concilia
Morir entre tu familia,
Viviendo, querido Antonio,
Entre cafres del demonio?—

Con efecto, una mañana
De grimpola y de jarana,
Los cafres se lo almorzaron,
Y solo huesos dejaron;
Con lo cual la pobre Chica,
Que pudo quedar tan rica,
Se vió con inmenso oprobio,
Quedar sin dote y sin novio.
Y, seca como un estambre,
Al fin pereció de hambre.

Buen Lector, tienes un alma
A quien se ofrece la palma,
Si en Dios mueres, por supuesto.
Mas ¿cómo se logra esto?
Viviendo en Dios: de otro modo
Se pierde la palma y todo.
Que vivir en un infierno,
Y después el Dote eterno
Llevarse el alma, sin más,
No te lo pienses jamás.

(Fábulas Ascéticas).

PENSAMIENTOS

El ingrato suele odiar más al que le favorece que al que le daña. La razón es, porque el primero le obliga á ser agradecido y esto es precisamente lo que no le gusta.

Para saber si un hombre es bueno, no hay mejor cosa que observar quienes son los que hablan mal de él. Si los que hablan mal de él son los pícaros ya puede asegurarse que el hombre es honrado.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción dá derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

| | Península. | América. |
|-----------------------|----------------------|----------|
| Una acción. | ½ pesetas mensuales. | 5 |
| Media id. | | 2 50 |
| Un cuarto id. | 1 | 4 25 |
| Un octavo id. | 50 cénts. | |

Por medio de corresponsal 25 cénts. de peseta más por acción.
Se suscribe en la dirección de este periódico BELLOT, 3, OBI-
HUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 5, bajo
y en todas las librerías católicas de la Península y Ultramar.